

# LOS ANIMEROS: APORTACION ETNOLOGICA DEL NOROESTE AL FOLKLORE REGIONAL MURCIANO

*A Paco Fuentes y José López que se esfuerzan en mantener vivas las tradiciones populares de Caravaca.*

Anualmente, cuando las fiestas navideñas se vislumbran cercanas en el horizonte inexorable del calendario, y las chimeneas de los hogares, como pebeteros humeantes, perfuman el ambiente con olor a leño quemado, a mantecado y a confitura pascual, el animero, fiel a la tradición y a sus profundas convicciones religiosas, templea su guitarra y se agrupa con los demás que forman la cuadrilla, para preparar los «recorridos» y actuaciones en beneficio de la Cofradía de Animas que otrora veía aumentar sus caudales considerablemente a base del «aguinaldo» (o aguinaldo), solicitado por los animeros tras su actuación.

A pesar de que las cuadrillas de ánimas podían reunirse y actuar en cualquier época del año, siempre con un fin ritual de connotaciones religioso-funerarias, la época más idónea para ello era la navideña, en la que las familias reunidas, las pocas exigencias de trabajo en un medio casi exclusivamente agrícola, y la tradicional costumbre del regalo en forma de «aguinaldo» o «presente» contribuían a la mayor eficacia recolectora de los animeros.

## SENTIDO DE LA TRADICION

Las cofradías de ánimas han existido desde la Edad Media en España, con especial incidencia en la época barroca (s. XVII y XVIII), tiempo en que fueron reguladas formalmente y cuyos organigramas han pervivido hasta el humanismo de la segunda mitad del s. XX. La misión primordial de estas cofradías era la oración por las almas del purgatorio con las que todos estaban obligados por razón de parentesco y humanidad e incluso por el sentimiento egoísta del incierto futuro del hombre después de la muerte. En la lógica elemental del pueblo llano era obvio que la oración presente por las almas que aguardaban en el purgatorio la redención de sus culpas, constituía signo de garantía para que sus descendientes hiciesen igual en el futuro y así ellos mismos verse beneficiados por las oraciones de sus hijos y nietos. La continuidad de la tradición, pues, estaba asegurada, aunque sólo fuera por el aspecto egoísta de la misma. Las cofradías de ánimas, en los pueblos y pedanías del término municipal de Caravaca se ocupaban de organizar toda una serie de ritos oracionales relacionados con las «benditas ánimas del Purgatorio» que abarcaba un amplio espectro desde los «ejercicios de ánimas» anualmente, durante el mes de noviem-

bre; pasando por los sufragios mensuales, gastos de campanero que se ocupaba a diario y de mañana, al mediodía y a la noche de tañer el conocido y aún perdurable «toque de ánimas» (o de oración) —de profundo paralelismo con los ritos oracionales cotidianos de los árabes—, ejercicios e intenciones de misas y un largo etcétera que los libros de cuentas de las cofradías muestran entre sus monótonos asentamientos.

Los mayores y más importantes beneficios económicos los obtenían las cofradías en el Noreste murciano y concretamente en Caravaca de Cruz y su amplio término municipal, a base de las actuaciones folklóricas de los «Animeros», quienes en su fusión de folklorismo y religiosidad, fundiendo aspectos lúdicos y sacros, aportaban el noventa y cinco por ciento del potencial económico necesario para el mantenimiento de la cuadrilla y sus actividades religiosas. Ni que decir tiene que la actuación de la Cuadrilla de Animeros es totalmente desinteresada y solamente una mínima parte de los fondos que obtenían se dedicaban al mantenimiento del instrumental. El resto era administrado por el hermano contador exclusivamente en beneficio de las «benditas ánimas del Purgatorio».

## LA CUADRILLA. COMPOSICION

La cofradía contaba con la colaboración de una o en ocasiones más, «Cuadrilla de Animeros», compuestas por un número indeterminado de hombres, exclusivamente (nunca la mujer formaba parte de la misma), que tañían instrumentos de cuerda (guitarra, laúd, bandurria, guitarra, a veces violín), y ocasionalmente algún otro instrumento de percusión de fabricación casera (pandereta, zambomba, almirez o cuchara).

Las cuadrillas recorrían aldeas y cortijos, interpretando tonadillas populares y demandando el «aguilando» para las «Animas del Purgatorio». La presencia de la cuadrilla siempre era bien acogida por el vecindario y suponía un rato de solaz y diversión en que se bailaban al son de música, malagueñas, seguidillas y jotas. El «aguilando» se entregaba en metálico o en especie. Más frecuentemente se hacía uso de la segunda modalidad dado el poco uso del dinero que la gente hacía, valiéndose del trueque más que de la compra en la economía habitual de la zona geográfica a que nos referimos.

En la cuadrilla hacía cabeza el Hermano Mayor de la misma, cargo que solía recaer en persona de edad avanzada aceptada y respetada por todos. Por otra parte la figura de contador o tesorero era fundamental como administrador del grupo, quien a su vez estaba en estrecho contacto con el Contador General de la Cofradía, quien a veces era el mismo que el de la Cuadrilla.

## LAS ACTUACIONES DE LAS CUADRILLAS

Como acabamos de indicar, las cuadrillas de animeros se desplazaban por aldeas y cortijos. Al llegar ante un caserío, el hermano mayor o mayordomo hacía sonar la campana mientras entonaba un ¡Ave María! A la pregunta de los moradores habitual en la zona «¿Quién va?». El mismo mayordomo respondía. «Las Animas Benditas, ¿se canta o se reza?».

La variedad de canto o rezo dependía de que la familia a quien se visitaba guardara o no luto por algún familiar fallecido.

En el primer caso se rezaban unas oraciones entre animeros y familiares, en el segundo se cantaban una, dos o tres animeras (dependía de la generosidad del cabeza de familia), y se recogía el aguinaldo. Si la generosidad del visitado era ostentosa se seguía tocando en el interior de la casa incluso música de otro tipo para que el resto de la familia danzase al ritmo de las melodías mientras la madre invitaba a los músicos y acompañantes con dulces y licores caseros (rito que en la comarca se conoce con el nombre de «hacer la pascua»).

La llegada de los animeros se aguardaba en cada uno de los cortijos con impaciencia y se tenía como desaire la no asistencia a uno de ellos. Las familias se trasladaban de uno a otro caserío, compitiendo en agasajos a los músicos, y a veces las veladas se prolongaban hasta el amanecer en lo que se denominaba «baile de las ánimas» o «baile de pujas», éstas proporcionaban cuantiosos ingresos a la cuadrilla cuando, «picados» algunos de los miembros presentes, pujaban por bailar con alguna de las bellas mozas campesinas, o porque aquella no bailase con tal o cual mozo, que la requería. Los más viejos animeros de la Encarnación, pedanía de Caravaca, recuerdan con agrado estos bailes afirmando que a veces se les obligaba a pasar la noche entera tocando y bailando sin parar, y demandando a los músicos las más raras situaciones para justificar el donativo, tales como hacerlos tocar en la bóveda de un horno, acostados en el suelo e incluso encaramados en las ramas de un árbol. Todo cuanto se pedía por la persona que ofrecía el «aguilando» era preciso acceder a ello bajo el dicho popular que rezaba «las ánimas no perdonan».

## PARALELISMOS FOLKLORICOS DE LA FIESTA

La tradición animera de Caravaca de la Cruz se extiende a través de la comarca natural que en el siglo XIII constituyó la bailía templaria, sucediéndose su actividad de forma continuada desde el siglo XVIII hasta los años cuarenta de nuestro siglo, en que la crisis económica provocada por la Guerra Civil la hizo casi desaparecer. También se ha constatado su existencia en la localidad jienense de Santiago de la Espada y en las manchegas de Nerpio, Pedro Andrés y Letur (en la provincia de Albacete), entre otras.

La tradición religioso-folklorica está íntimamente relacionada con la que en la Huerta de Murcia han llevado a cabo los «Auroros», vinculados a la Cofradía de la «Virgen del Rosario de la Aurora», desperdigados por la mayor parte de los pueblos de la Huerta, que con similares medios e idénticos fines entonaban sus tradicionales «salves» en las distintas épocas litúrgicas del año (Navidad, gozo, cuaresma y difuntos), por lindes y senderos de la huerta; tradición revitalizada en la actualidad, con éxito, y estudiada y difundida por competentes folkloristas murcianos entre quienes es preciso destacar a mis buenos amigos, Carlos Valcárcel Mayor y Fulgencio Saura Mira.

Las vinculaciones entre auroros y animeros son amplias en cuanto a los fines propuestos por ambos. Sin embargo, las diferencias son notables en lo referente a la interpretación musical. Mientras que aquéllos mantienen ritmo de tradición mudéjar, éstos se basan fundamentalmente en melodías populares de carácter castellano.

Otro paralelismo evidente es el que se observa con la tradición etnológica-navideña de los «Carcaborras» de profundo arraigo en la vecina localidad granadina de Puebla de Don Fadrique (a cuyo estudio nos comprometemos en un próximo número de «Cangilon»). En este caso la demanda de recursos económicos en beneficio de las «Animas del Purgatorio» se convierte en una fiesta popular donde los audaces «caçaborras», ataviados con vistosas y raras indumentarias, son requeridos, en un original sistema de pujas, para apalear «cariñosamente» a quienes se dejen coger por las calles del pueblo. El montante recaudado se destina, igualmente, para el culto a las ánimas que desde el otro mundo «agradecen» los sufragos populares y festivos de la Iglesia Militante.

## PRESENTE Y FUTURO DE LOS ANIMEROS

La tradición animera de Caravaca se prolongó hasta inmediatamente después de la Guerra Civil que asoló España entre 1936 y 1939. La precaria economía de la zona, esencialmente agrícola y ganadera no podía admitir cargos de tipo suntuario y los «aguinaldos» fueron tan exiguos que no merecía la pena demandarlos, además del sacrificio que para la maltrecha economía doméstica suponía desprenderse de algo que si en otros tiempos sobró ahora era elemental para la subsistencia familiar.

La tradición permaneció latente bajo el polvo de modernidad aportado por la situación político-social de las décadas de los cincuenta a los setenta de nuestro siglo. Afortunadamente la creación del Centro de Estudios Caravaqueños, integrado posteriormente en el Instituto Municipal de Cultura, cuyos comienzos se apoyaron sobre voluntades tan firmes como las de Paco Fuentes o Juan Montiel y tantos otros que posteriormente se integra-

rían en la noble empresa de rescatar del olvido tradiciones arraigadas en el más hondo sentir del pueblo llano, verdadero relicario de la tradición, ha vuelto a colocar en el lugar que le corresponde a esta bella secuela etnológica, si bien impregnada de un espíritu totalmente aséptico y laico, al margen de la finalidad propia que animaba la actividad animera. El Excmo. Ayuntamiento de Caravaca, a través de la sección de Etnología y Folklore del Instituto Municipal de Cultura potencia la existencia de las cuadrillas que periódicamente reciben subvenciones para su mantenimiento. La incorporación de sangre joven es lenta pero eficaz. Los más veteranos animeros prosiguen su actividad, si bien centralizada en lugares concretos y no de forma anárquica por cortijos y caseríos otrora poblados y hoy abandonados en su inmensa mayoría.

Las circunstancias sociales son diferentes, sin embargo el interés por la pervivencia de la tradicional actividad animera, tras un complicado período de readaptación y contemporización, comienza a dar sus frutos. Muestra de ello ha sido la intensa y fecunda actuación de las cuadrillas en la ciudad de Caravaca durante las últimas fiestas de Navidad, Año Nuevo y Reyes, en las que los barrios más castizos compitieron en el lucimiento de los «bailes de ánimas» a la vieja usanza y ante la perpleja e ilusionada mirada de los más jóvenes que sólo conocían la esencia de la fiesta a través de los ya resecos labios de sus mayores.

**José Antonio Melgares Guerrero**  
**Cronista oficial de Caravaca**